

Adrian Shubert

Espartero, el Pacificador



ADRIAN SHUBERT

Espartero, el Pacificador

Traducción de
Eva Rodríguez Halffter

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Traducción del inglés: Eva Rodríguez Halffter

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2018

© Adrian Schubert, 2018
© de la traducción: Eva Rodríguez, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 20231-2018
ISBN: 978-84-17355-47-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



Para Paula

Índice

Introducción	13
Agradecimientos	31
1. De Granátula a América.	33
2. Defensor del imperio (febrero de 1815 – noviembre de 1825). . .	57
3. Defensor del trono (noviembre de 1825 – septiembre de 1836). .	91
4. General en jefe (septiembre de 1836 – agosto de 1839).	145
5. El revolucionario a su pesar (agosto de 1839 – mayo de 1841). .	199
6. El regente (mayo de 1841 – julio de 1843).	249
7. Exilio y regreso (julio de 1843 – julio de 1854).	299
8. «La personificación de la libertad» (julio de 1854 – julio de 1856).	343
9. El retirado de Logroño (1856 – 1868).	391
10. «¿Rey o presidente?» (septiembre de 1868 – diciembre de 1870)	455
11. El hombre necesario (enero de 1871 – marzo de 1876).	507
12. Muerte y vida después de la muerte	533
Notas	565
Fuentes consultadas	703
Índice onomástico	735

[E]n las guerras civiles no hay gloria para los vencedores ni mengua para los vencidos. Tened presente que cuando renace la paz todo se confunde; y que la relación de los padecimientos y los desastres, la de los triunfos y conquistas se mira como patrimonio común de los que antes pelearon en bandos contrarios.

BALDOMERO ESPARTERO, 1837

Ni rendición, ni abrazos de Vergara... ni nada que no sea victoria aplastante y definitiva.

EMILIO MOLA, 1936

El siglo XIX, que nosotros hubiéramos querido borrar de nuestra historia, es la negación del espíritu español.

FRANCISCO FRANCO, 1950

Introducción

En España la guerra civil entraba ya en su cuarto año. La lucha se libraba con tal crueldad y ensañamiento que Gran Bretaña había intervenido con objeto de negociar un código de conducta para el tratado a los prisioneros. Los rebeldes carlistas, que habían asediado Bilbao durante tres semanas en 1835, habían cercado nuevamente este importante puerto. La previsión era que su captura pudiera procurarles el reconocimiento internacional que hasta ese momento les habían negado, así como una fuente de ingresos de los que tenían gran necesidad. La ciudad parecía un objetivo fácil, aislada como estaba del resto de la España liberal y defendida por una guarnición que no se encontraba en su mejor forma.

Los bombardeos se iniciaron el 25 de octubre de 1836, y pronto abrieron una enorme brecha en la muralla. Tras el fracaso de un intento de tomar la ciudad por asalto frontal, los rebeldes cambiaron su estrategia, capturando los diversos fuertes que la defendían y bloqueando el río Nervión. Llegado el 17 de noviembre, la ciudad se encontraba rodeada y la victoria parecía próxima. Sólo faltaba por tomar el fuerte de San Agustín, y cayó el 27 de noviembre. Los carlistas demandaron la rendición de Bilbao pero su comandante, el general Evaristo San Miguel, se negó. Esta baladronada encubría la situación cada vez más desesperada de los habitantes, y sobre todo de la Milicia Nacional, hombres que habían sido arrancados de sus trabajos y sus familias. Los alimentos escaseaban y el pan estaba racionado; el único pan disponible era negro y de tan mala calidad que su consumo hacía que la gente enfermara. La población estaba comiéndose los gatos, cuando los encontraban. El 14 de diciembre las autoridades de la ciudad enviaron un telegrama desesperado: «Ayer y antes de ayer atacan a Bilbao con artillería; hay galleta sólo para dos días, falta harina y víveres; la

guarnición desalienta; la población sufre mucho». Entonces se desató el tifus.¹

La moral empeoró cuando el principal Ejército cristino, al mando del general Baldomero Espartero, no consiguió liberar la ciudad. Desde que el Ejército llegara a Portugalete, 13 kilómetros río abajo, a fines de noviembre había hecho varias salidas por ambas riberas del Nervión, pero en ninguna se había aproximado siquiera a levantar el cerco. A mediados de diciembre el alto mando estaba dividido en cuanto al modo de proceder. Quizá el Ejército debía cruzar a la orilla derecha del río e intentar un ataque desde allí. Espartero decidió arriesgarse, pese a que la mayoría de los altos oficiales eran contrarios a ello.

El asalto se produjo el 24 de diciembre. El tiempo era atroz: la lluvia torrencial de la mañana se convirtió en aguanieve y después, a la caída de la tarde, cuando iba a comenzar el ataque, adquirió proporciones de «tormenta de nieve canadiense».² La que se llamó batalla de Luchana empezó con una compleja operación anfibia. A las cuatro de la tarde, ocho compañías de soldados subieron a bordo de lanchas y balsas que fueron remolcadas río arriba por dos buques de guerra británicos. Ayudados por la nieve, pudieron atracar detrás de la principal batería carlista y lanzar un ataque sorpresa. Después que los carlistas hubieron huido y los ingenieros reparado el puente de Luchana, las lanchas fueron arrastradas y convertidas en pontón temporal para que cruzaran las tropas. Con ello capturaron la cima estratégica de Monte de Cabras pero entonces los carlistas empezaron a responder al ataque: «El combate se hizo bien pronto mortífero; unos y otros disparaban a quemarropa; el suelo estaba cubierto de cadáveres, y los bramidos del huracán apagaban los ayes de los heridos y moribundos». El temporal era tan fuerte que el combate se interrumpió durante algún tiempo. A media noche la temperatura era de diez grados bajo cero.³

Espartero se encontraba en cama, desesperado, cuando empezó el ataque. Había estado sufriendo terriblemente a causa de piedras en el riñón durante toda la campaña. Cuando el teniente Edward Vicars, un oficial de enlace británico adscrito al cuartel general de Espartero, le conoció:

Estaba alojado en una habitación miserable a medias granero y a medias vivienda, el suelo estaba cubierto de paja y maíz, lana y plumas –restos de camas viejas–, sin más mobiliario que la cama donde yacía el general y

unas pocas sillas. Estaba rodeado por un asistente médico y parte de su Estado Mayor, con un puro en la boca mientras sostenía en la mano para nuestra observación un cálculo del tamaño de un guisante que acababa de expulsar. Se sentía aliviado tras extremos de agonía pero su aspecto era de total alteración y sufrimiento, su espíritu desazonado por la grande y tremenda responsabilidad que a su parecer pesaba sobre sus hombros, mientras su cuerpo estaba sacudido y destrozado por una enfermedad grave y dolorosa.⁴

Casi podemos imaginar el gesto de Vicars cuando concluía: «Le aseguro que el teniente de Ingenieros no envidiaba, al salir de su cámara, al general en jefe del Ejército del Norte».⁵

Cuando el general Marcelino Oráa, que había tenido el mando, entró en su tienda en torno a la media noche y le informó de que los carlistas presentaban tan fiera resistencia, Espartero llamó a su asistente: «Tomás...venga el uniforme y las botas». Los intentos de Oráa para disuadirle de que se levantara no suscitaron más que «dos o tres tacos». Espartero, febril, se vistió y marchó hacia las lanchas y, tras cruzar el río, montó a caballo permaneciendo de pie sobre los estribos porque estaba demasiado dolorido para sentarse.⁶ Había decidido, según dijo posteriormente a su esposa, «morir o entrar en Bilbao». Su fama, su patria y el trono de su Reina así lo demandaban.⁷ Sería una decisión que iba a cambiar su vida, de un modo que ni siquiera este hombre de extrema seguridad en sí mismo podía prever. Un oscuro general conocido sólo de su familia, amigos y compañeros de armas estaba a punto de convertirse en héroe nacional.

Después de formar a las tropas, Oráa pidió que el corneta tocara a cargar. Espartero se puso al frente de una de las columnas y habló a los hombres que la formaban. Como siempre, se dirigió a ellos como «compañeros». Después de padecer las miserias de dos terribles meses de invierno, dijo, había llegado el día de demostrar al mundo de lo que estaban hechos. La Reina y la patria demandaban un último, gran esfuerzo:

Los soldados valientes como vosotros no necesitan más que un solo cartucho; ese sólo se disparará en caso necesario, y con las puntas de vuestras bayonetas, tan acostumbradas a vencer, daremos fin a tan grandiosa empresa; batiremos a los enemigos de nuestra idolatrada Reina, los arrollare-

mos, y tanto vosotros como yo, que soy el primer soldado [...] los veremos o morir o abandonar el campo llenos de oprobio y de ignominia, corriendo precipitadamente a ocultarla en sus encumbradas guaridas. Marchemos, pues, al combate; marchemos a concluir la obra, a recoger la corona de laurel que nos está preparada, y marchemos, en fin, a salvar y abrazar a nuestros hermanos, los valientes que con tanto denuedo han imitado nuestro ejemplo, defendiendo la causa nacional dentro de los muros de la inmortal Bilbao.⁸

Más de treinta años después, un sargento de los Voluntarios de Gerona recordaba que el sonido de su «sonora voz» arengándolos hacia Bilbao revivió «nuestros helados y mutilados cuerpos, debilitados de hambre y fatiga».⁹

A continuación Espartero avanzó con sus hombres en silencio y cuando avistaron el cuerpo de tropas carlistas dirigió la carga, vitoreando a la Reina y la libertad. «La bala rasa, la metralla, las granadas y fusilería, una fuerte nevada y terrible huracán», escribió a su esposa, «ofrecían el espectáculo más imponente».¹⁰ El enemigo huyó. Espartero y sus hombres habían tomado las alturas de Banderas y abierto vía a Bilbao. Eran las cinco de la mañana. «No sé cómo sigo vivo», dijo después al teniente Vicars.¹¹ Estar en el campo de batalla había sido ya una cura de su enfermedad. «Al cargar la bayoneta se fueron todos los males; sin duda que la excitación causó este buen efecto, pero luego que llegué a Bilbao volví con mi dolor.»¹²

A las ocho de la mañana Espartero entró en Bilbao a la cabeza de sus tropas. Era el día de Navidad y se celebraba a más de un salvador.¹³

La noticia no llegó a Madrid hasta el día de Año Nuevo y, cuando lo hizo, en la capital cundió la euforia.¹⁴ El Gobierno publicó un número especial de la *Gaceta* oficial con el despacho de Espartero enviado al Ministerio de la Guerra:

Excelentísimo Sr.: Las privaciones y sufrimientos de las tropas de mi mando han quedado recompensados en este día. Ayer a las cuatro de la tarde dispuse la atrevida operación de embarcar compañías de cazadores que se apoderasen de la batería enemiga de Luchana. Al poco tiempo, aunque en medio de una terrible nevada, se ejecutó la operación con el éxito más feliz por la bravura y entusiasmo de aquellas, y eficaz cooperación de la Marina inglesa y española.

El puente quedó en nuestro poder: los enemigos lo tenían cortado; pero a la hora y media ya estaba restablecido. Los enemigos, reuniendo considerables fuerzas, acudieron sobre aquel punto: el combate se empeñó ya de noche; el temporal de agua, nieve y granizo fue espantoso; la pérdida que experimentó este Ejército en las muchas horas de combate fue también de consideración. Los momentos fueron críticos, pero las cargas decididas a la bayoneta nos hicieron dueños de todas sus posiciones, haciendo levantar el sitio de esta villa, en la que he verificado hoy la entrada. Todas sus baterías, municiones e inmenso parque quedó en nuestro poder, ascendiendo las piezas a 18 o 20, la mayor parte de grueso calibre.

El oficial dador de este parte, como testigo de la acción, informará a V.E. más extensamente, pues debiendo aprovecharse la salida de un vapor, no puedo extenderme; pero ofrezco dar a V.E. el parte detallado de todas las operaciones.¹⁵

Como era festivo, no estaban los ciegos que solían esperar a la puerta de la Imprenta Nacional para recoger y repartir la *Gaceta*, y la tarea fue emprendida por «varios bilbaínos residentes en esta corte [...] ansiosos [...] de hacer saber al público la gran noticia», que la distribuyeron gratuitamente.¹⁶ La noticia se extendió rápidamente y se le dio prioridad sobre todo lo demás. Cuando llegó a los teatros, el público pedía que se interrumpiera la función para leer en voz alta el despacho de Espartero, y «la lectura de tan interesante nueva, puso colmo a las demostraciones de júbilo de que todos los espectadores dieron vivas señales».¹⁷ En un teatro, el público se echó a la calle para celebrarlo «considerando estrecho aquel recinto para las grandes emociones que experimentaron».¹⁸

Las Cortes se reunieron al día siguiente con el asunto único de la gran victoria en Bilbao. Joaquín María López, ministro del Interior y uno de los grandes oradores de la época, pronunció un discurso tan potente que la gente se lo aprendió de memoria y fue recordado durante muchos decenios. Salustiano Olózaga, otro «pico de oro», quedó por una vez sin palabras y sintió necesidad de «desahogar la especie de éxtasis» que las noticias de la victoria de Espartero habían producido.¹⁹ En los días siguientes María Cristina, la Reina gobernadora, decretó, y las Cortes aprobaron, que se concediera el título de «beneméritos» a todos los defensores de Bilbao y se condecorase a los miembros de la guarnición, que se otorgara a la ciudad los títulos de «muy noble

y muy leal» e «invicta», que se reconstruyeran las edificaciones destruidas y se dieran pensiones a las viudas y huérfanos de los hombres caídos durante el asedio. Una nueva plaza que se estaba construyendo en Madrid se llamaría Plaza de Bilbao por real decreto. A Espartero se le concedió el título nobiliario de conde de Luchana.²⁰

El Gobierno puso en marcha también «el mayor aparato propagandístico» que pudo para dar a conocer las gloriosas nuevas. El 5 de febrero, en todas las catedrales del país y en «las parroquias más antiguas en los pueblos donde no las haya», se celebrarían «solemnes exequias» en memoria de los caídos en el asedio y la batalla final.²¹ La voz de la Iglesia católica llegaba con mayor profundidad a todos los rincones de España que la del Gobierno, por lo que en los púlpitos de todo el país los españoles pudieron oír al clero lamentar la muerte de las víctimas, celebrar la victoria y alabar a Espartero. En la gran catedral de El Pilar de Zaragoza, el canónigo Policarpo Romea habló repetidamente de «el inmortal Espartero» y de «el héroe Espartero». Miguel Moragues empezó su sermón en la catedral de Palma de Mallorca con una cita del Libro de los Macabeos sobre la obligación de morir en el intento de salvar a nuestros hermanos o caer en la deshonra, antes de preguntar: «¿En qué labios, mejor que en los del bravo Espartero, sientan estas heroicas palabras?». ²² En Cervera, Antonio Vila calificó a Espartero nada menos que de la mano de Dios:

El capitán enviado por Dios, revestido de su poder y precedido de la columna de fuego, marcha ya con sus legiones impertérritas, salta las vallas y parapetos más profundos y eminentes, da la señal, y haciendo sonar sus cajas y trompetas destronca en un soplo los cedros del Líbano, destruye los Fuertes de Moab, derriba los muros de Jericó, y sobre cadáveres de enemigos hace en el nombre del Señor su entrada triunfante en la ciudad poco antes desconsolada.²³

Al pronunciar el sermón en la madrileña iglesia de San Isidro, Pedro Rico y Amat comparó también a «el esforzado Espartero» con los macabeos. Describió entonces la batalla con cierto pormenor: el temporal hacía que el día pareciese el del «juicio final». Tras horas de combate llegó un momento crucial cuando «la suerte del Ejército, de la inmortal Bilbao, y acaso de la Nación entera, pendía del último esfuerzo; el caudillo que manda las tropas así lo conoce: a pesar de su enfermedad se

pone al frente de ellas; sus palabras cunden cual fuego eléctrico entre las filas de los soldados» y los capitanea hacia el asalto decisivo y la victoria. Esto, dijo, era un triunfo mayor aún que el de Josué sobre los amoritas cuando pidió al Señor que detuviera el sol para que pudiera rematar a sus enemigos. A diferencia del gran guerrero del Antiguo Testamento, Espartero no necesitaba la luz de sol para lograr la victoria: «En las tinieblas de la noche triunfa de sus enemigos, vence a los elementos, humilla a la misma naturaleza conjurada en su exterminio». Y a continuación hizo la máxima comparación: Espartero entró con su Ejército en la ciudad liberada a la mañana siguiente, «el mismo día en que el liberador de las Naciones, Jesucristo, había venido al mundo para salvarnos, para hacernos libres».²⁴

La glorificación de Luchana, y de Espartero con ella, no fue monopolio de las instituciones oficiales. Respondiendo a la demanda popular se fabricaron artículos de recuerdo: mapas, litografías de Espartero capitaneado el asalto, y una estampa con dieciocho viñetas sobre las partes más memorables de la batalla, con el «arrojo y valor» de Espartero en el papel estelar.²⁵ Hubo poemas y canciones. Una de las más populares, *El sitio de Bilbao: rasgo épico*, de Gerónimo Morán, un muchacho de diecinueve años de Valladolid, exclamaba: «Imitad españoles calientes / el tesón de Espartero en la lid».²⁶ Se escribieron también obras dramáticas. *Las improvisaciones*, de Manuel Bretón de los Herreros, representada en Madrid a finales de enero, resaltaba la figura de Espartero como salvador de la ciudad, al igual que *El sitio de Bilbao* de Antonio García Gutiérrez, que se estrenó el 11 de marzo. Ésta era una historia de amor que transcurría en Bilbao durante el sitio, y Espartero, aunque no era uno de los personajes, era el héroe. La obra terminaba con «los cazadores de Espartero» entrando en la ciudad mientras una «voz dentro» gritaba, quizá por primera vez en público, dos frases emparejadas que se harían famosas: «¡Viva la libertad! ¡Viva Espartero!».²⁷

Luchana nunca sería una batalla que «hará época en los faustos militares», como alardeó Espartero característicamente ante su esposa, pero acertaba cuando la calificó como «el golpe fatal para la facción», aunque pasarían todavía otros treinta y dos meses hasta que los carlistas se dieron por vencidos en el País Vasco y Navarra, y otros once más antes

de que la guerra estuviera definitivamente ganada.²⁸ Luchana, que tuvo lugar en el punto medio de la larga vida de Espartero, fue también un momento decisivo para este hombre.

El nuevo héroe de los españoles tenía cuarenta y tres años, y en muchos sentidos su vida había sido ya extraordinaria, resultado de su capacidad y de las circunstancias tumultuosas y a menudo desastrosas a las que España se enfrentó en los primeros decenios del siglo XIX. Nacido en 1793, Joaquín Baldomero Fernández Espartero era el noveno hijo de un carretero del pueblo manchego de Granátula de Calatrava. En 1809, a los dieciséis años, tras obtener un título en la Universidad de Almagro, ya en sí mismo algo raro en la España de la época, se presentó voluntario en el Ejército para luchar contra los franceses como soldado raso. Supo aprovechar la nueva apertura de los cuerpos de oficiales bajo el régimen antinapoleónico y llegó a ser teniente. Cuando terminó esta guerra volvió a presentarse voluntario, esta vez para ir a América a defender el imperio contra los movimientos independentistas de las colonias. A lo largo de casi diez años combatiendo ascendió hasta el rango de brigadier general. Cuando estalló la guerra carlista en octubre de 1833 volvió a ascender, y en la batalla de Luchana era general en jefe del Ejército del Norte. Pero Espartero no era en modo alguno un caso único a este respecto. En la época de incesantes guerras que se inició con la Revolución francesa, muchos militares habían disfrutado de similares carreras meteóricas.

Pero lo que ocurrió después del 24 de diciembre de 1836 fue verdaderamente excepcional, una historia asombrosa digna de Stendhal o de Gabriel García Márquez. En agosto de 1839 Espartero puso fin a la guerra del norte con una paz negociada que le mereció el título no oficial, pero perdurable, de Pacificador de España. A ello siguió una excelente campaña en el Maestrazgo en que derrotó totalmente a los carlistas. Después, en poco tiempo, fue héroe del liberalismo progresista, presidente del Consejo de Ministros y, en mayo de 1841, regente del reino. Poco más de dos años después fue expulsado del país y marchó al exilio en Gran Bretaña, donde vivió cuatro años y medio antes de que se le permitiera regresar a España. Ante la revolución de julio de 1854, la reina Isabel II le llamó otra vez al poder. No pasaron más que un par de años antes de que fuera otra vez obligado a dejarlo. Se le permitió permanecer en el país y regresó a Logroño, ciudad natal de su mujer y lugar de adopción suyo, donde vivió el resto de su vida.

Asombrosamente, el fracaso de sus dos mandatos en el poder no destruyó su popularidad. Después que una revolución destronara a Isabel II en septiembre de 1868, se produjo una impresionante campaña para nombrar rey a Espartero, que tenía entonces setenta y cinco años; como es sabido, rechazó la invitación del Gobierno revolucionario a ser considerado para este cargo. De hecho, hasta la consolidación de la restaurada dinastía Borbón después de 1875, su vuelta a algún cargo político fue repetidamente considerada como una posibilidad.

Estamos en un momento interesante para escribir biografías, especialmente en España. La biografía fue uno de los muchos aspectos de la vida española perjudicada por el franquismo. Este género, pedido por Ortega y Gasset y estimulado por la demanda del mercado, vivió en los años veinte una especie de edad dorada.²⁹ Espartero fue objeto de dos biografías, ambas publicadas en 1932.

Una de ellas la escribió el conde de Romanones, una de las figuras políticas predominantes en la España de los dos primeros decenios del siglo xx.³⁰ Su Espartero no es un gran hombre. Romanones advierte a los lectores que, aparte de su valor personal, no era probable que encontraran «condiciones de extraordinaria inteligencia ni de carácter ni de nada genial». Lo que guiaba la vida política de Espartero eran «concepciones simplistas», «una ignorancia completa acerca de los hombres civiles» y un «ánimo sencillo, dispuesto siempre a confiar en la buena fe de todos». Tanto en el campo de batalla como en la vida política era un hombre duro de corazón que «no daba importancia a la vida del hombre». Sin embargo, a pesar de su general mediocridad, Espartero era un «personaje representativo» capaz de «recoger y encarnar los sentimientos, los anhelos y el estado de conciencia de su época».³¹

Romanones lo había pasado mal en la dictadura de Primo de Rivera y vio una importante lección en la vida de Espartero. En efecto, la primera oración del libro es: «La vida de Espartero ofrece enseñanzas útiles tanto para el hombre político como para el dedicado a la carrera de armas». Espartero merecía la gratitud de los españoles por haber puesto fin a la guerra carlista, pero también era responsable de algo serio: «Suscitó émulos y creó discípulos; después de él, y aun en su tiempo, otros generales, liberales y conservadores, se adueñaron de tal modo de la dirección del país, que, hasta nuestros días, a ellos hemos

estado sometidos, y sometidos cándidamente, por infundirnos un excesivo temor que, en realidad, no descansaba en sólida base». ³²

El segundo biógrafo, Carlos Fernández Cuenca (1904-1977), tenía cuarenta años menos y era poeta, director de cine e historiador del cine.³³ Su Espartero tiene algunas características en común con el de Romanones: era «más valiente que reflexivo», carecía de inteligencia suficiente para estar a la altura de Napoleón o Cromwell, y era mucho más eficaz en el campo de batalla que en los pasillos del poder. Aun así, había sido «la figura cumbre» de la historia española del siglo XIX.³⁴

En la España del «Caudillo por la Gracia de Dios» no había sitio para Espartero. No podía haber más que un héroe excepcional y ese vivía en El Pardo. Como liberal y encarnación de la reconciliación nacional tras la guerra civil, Espartero no podía formar parte de la «galería de mitos nacionales» franquista, pero sí tenían sitio los enemigos carlistas de Espartero, Tomás Zumalacárregui y Ramón Cabrera. No es de extrañar, pues, que la biografía que se publicó durante la vida del régimen, *Espartero, o ¡cúmplase la voluntad nacional!* de Antonio Espina, se escribiera en el exilio.³⁵ Espina (1894-1972) era novelista, poeta y ensayista, y figura significativa de la escena intelectual madrileña en los años veinte del siglo pasado. Era también, según Anna Caballé, «el biógrafo más profesional del período».³⁶ Encarcelado durante la dictadura de Primo de Rivera, se afilió al partido de Azaña, Izquierda Republicana, y fue nombrado gobernador civil de León en los comienzos de la República, aunque pronto dimitió por diferencias con el ministro del Interior, Miguel Maura. Sus artículos periodísticos le llevaron a la cárcel en 1935, pero inmediatamente después de las elecciones de febrero de 1936 fue nombrado gobernador civil de Ávila y después, en mayo de 1936, gobernador civil de Mallorca. A raíz del alzamiento militar fue detenido por el general Goded y pasó toda la guerra civil en la cárcel, no siendo liberado hasta 1940. Consiguió pasar clandestinamente a Francia en 1946 y dos años después se trasladó a México, donde permaneció hasta 1956 cuando se le permitió volver a España. Su *Espartero* es la última de cuatro biografías que publicó en los años cuarenta –las otras tres de Cervantes, Quevedo y Cánovas– y aunque se publicó en Madrid como parte de la serie *Milicia de España* de la editorial Gran Capitán, las biografías de Antonio Espina pasaron en gran medida desapercibidas.³⁷

El Espartero que pintaba Espina no era ni un héroe sin tacha ni un malvado. No dudaba en señalar los defectos de Espartero. No minimizaba sus derrotas militares durante la guerra carlista y se reía de las «hipérboles ridículas» de quienes lo comparaban con George Washington, por no hablar de Napoleón.³⁸ Como político, Espartero era débil y estaba fuera de su elemento: «Se deprimía en las cámaras palaciegas [...], resultaba mediano caudillo político entre sus ministros y sus diputados, bajo la metralla oratoria de la oposición parlamentaria y los artículos periodísticos».³⁹ Su decisión, siendo regente, de dejar fuera de su primer Gobierno a las figuras más destacadas del Partido Progresista no fue «muy sensato que digamos», y su comportamiento tras vencer la revuelta de octubre de 1841 demostró que era un «mediano político» cuando «las circunstancias exigían un gobernante de primer orden». En términos generales, como regente, Espartero cometió «muchos errores políticos».⁴⁰ Y en el momento crucial de junio de 1856 se negó a escuchar a «políticos más duchos que él», con la consecuencia de que se vio totalmente aventajado por Leopoldo O'Donnell.⁴¹ Pero si bien Espartero cometió errores, siempre actuó «con buena fe». Era un «hombre de acción» con verdadero talento militar y una «suerte asombrosa».⁴² Fue invariablemente honesto y, no obstante las «historias tenebrosas» que se difundieron sobre él, fue «el hombre menos tenebroso del mundo».⁴³ Este libro, que comienza con la famosa frase «En un lugar de La Mancha», concluye aludiendo a su «grandeza de alma».⁴⁴

Teniendo en cuenta las ideas políticas de Espina y su experiencia después del 18 de julio de 1936, de inmediato nos preguntamos si utilizó su biografía de Espartero como comentario sobre la guerra civil y el caudillo de su tiempo. El que se publicara el libro en Madrid impedía, claro está, cualquier alusión directa, pero en al menos dos puntos se puede discernir cierta crítica encubierta. Cuando describe el abrazo de Vergara, que en esencia puso fin a las guerras carlistas, Espina dice: «El drama no fue mentira. Seis años de dolor y de sangre ensombrecieron la vida nacional. La ovación del país por el Convenio de Vergara era, por tanto, muy justificada, porque el Convenio significaba el término de la guerra, el despertar después de una pesadilla macabra».⁴⁵ ¿Establecía así un contraste con la «pesadilla macabra» que tantos españoles estaban viviendo? Cuando calificaba a Espartero de «muy soberbio» en su enfrentamiento con María Cristina a causa de la Ley de

Ayuntamientos –«él creía que su gloria militar le daba derecho a una especie de rectoría política sobre España entera, Reina, Gobierno y ciudadanos»–, ¿estaba realmente describiendo a Franco?⁴⁶

Hacia finales del siglo xx la biografía reapareció con fuerza significativa: en 2012 Javier Rodríguez Marcos proclamó que el país había entrado en «la hora de la biografía».⁴⁷ Simultáneamente, la biografía como género ha experimentado una gran renovación, con contribuciones importantes de historiadores españoles.⁴⁸ Ahora, los biógrafos seleccionan sus personajes entre una gama de posibilidades mucho más amplia que anteriormente.⁴⁹ Incluso el género de las vidas de «grandes hombres», coto tradicional de muchos biógrafos, se ha revitalizado centrandó la narración en cómo se presentaron esas vidas en su época y cómo han sido recordadas, apropiadas y utilizadas posteriormente.⁵⁰ Cada vez más, los biógrafos escriben lo que Sabine Loriga ha denominado «historia biográfica», en la cual lo que busca el biógrafo son cuestiones históricas amplias tanto como, o quizá más que, el individuo en particular que estudia.⁵¹

Esta biografía de Espartero comparte este modo de aproximación. Cuenta la historia de la vida de Espartero en el modo tradicional, pero procura también iluminar aspectos más generales de la historia contemporánea de España y contribuir a una forma incipiente, más sofisticada, de entender el siglo xix.⁵² Mientras escribía, se me plantearon tres cuestiones de ese tipo; dos de ellas aportaron un protagonista adicional al libro.

La primera fue la cuestión de género. En todo el mundo atlántico, la construcción de sistemas y sociedades liberales y republicanas estuvo acompañada por la necesidad de definir las dimensiones de género del nuevo orden. Qué significó exactamente la edad de la revolución para las mujeres ha sido un asunto hace tiempo planteado. ¿Acabó con el papel público de –al menos– las mujeres de la élite, o mantuvieron las mujeres alguna presencia pública pese a su desaparición de las instituciones políticas formales? ¿Se estructuraron las nuevas sociedades en torno a una estricta dicotomía público/privado en que las mujeres fueron consignadas al *purdah* de la domesticidad, o fueron sus esferas políticas lo bastante amplias para que las mujeres reclamaran un dominio propio, ya fuera individual o colectivamente?⁵³

Todas estas cuestiones son también aplicables a España, y existe ya una sustancial e innovadora literatura que nos ha procurado un panorama mucho más matizado y complejo sobre la creación de un Estado y una sociedad liberales en la primera mitad del siglo XIX. La antigua visión de un país fallido y atrasado ha sido sustituida por otra que ve una auténtica revolución liberal, la cual trajo consigo una ruptura profunda y significativa con el Antiguo Régimen. Esta interpretación revisionista se ha extendido hasta conceptos de género y el lugar de la mujer. A medida que los historiadores buscan más allá de la bibliografía prescriptiva y desarrollan una interpretación de la actividad política que no se limita a elecciones y legislaturas –donde la exclusión de la mujer era manifiesta– han ido modificando seriamente anteriores ideas sobre la separación de esferas y la desaparición de la mujer de la vida pública.⁵⁴

Más que predeterminado, el papel de las mujeres fue objeto de debates en que participaron mujeres, y que fueron en sí parte constitutiva de la revolución liberal. Estos debates no solamente enfrentaron a los liberales con sus contrarios. Las dos ramas principales del liberalismo español, progresistas y moderados, diferían radicalmente en cuanto al lugar de la mujer en el nuevo orden, defendiendo los primeros lo que Mónica Burguera ha llamado «un proyecto de transformación social gradual que contaba con la presencia activa de las mujeres en público». Los años entre la promulgación de la Constitución de 1837 y la caída de la regencia de Espartero en 1843, en gran parte de los cuales los progresistas estuvieron en el poder, fueron decisivos puesto que permitieron la formación de una «feminidad pública y respetable» centrada en la educación y la filantropía.⁵⁵ No fue hasta más tarde cuando se consolidó el arquetipo doméstico conocido como «el ángel del hogar».⁵⁶

La protagonista en este ámbito es María Jacinta Guadalupe Martínez de Sicilia y Santa Cruz, que se casó con Espartero en 1827 cuando tenía sólo dieciséis años; permanecieron juntos durante cincuenta y un años, hasta su muerte en 1878. Jacinta, como la llamaré en este libro,⁵⁷ llegó a tener un papel importante en la trayectoria de Espartero y, lo que es aún más significativo, era generalmente sabido que lo había tenido. Era, además, una mujer impresionante por derecho propio: muy leída, bien relacionada, de lengua mordaz, con ideas propias, que pasó de una educación provinciana en Logroño a mover-

se en los círculos sociales y políticos más elevados. Nada menos que lord Palmerston, que conoció a Jacinta en la treintena, la describió como «una mujer muy superior».⁵⁸ Si las fuentes lo hubieran permitido, yo habría escrito una doble biografía. Finalmente me conformé con otorgarle un papel todo lo prominente que fuera posible.

La segunda cuestión era la de cultura política e identidad nacional. En qué medida existía una común identidad nacional y cuál era su origen han sido las grandes cuestiones en la historiografía sobre la España del siglo XIX. El sostenido interés en torno a las supuestas deficiencias del Estado español y la idea de que esto había generado una nacionalización insuficiente, sobre todo si se compara con un idealizado modelo francés, ha dejado paso recientemente a un enfoque sobre la cultura y la sociedad, y sobre agentes regionales y locales de nacionalización que no son estatales ni de élites.⁵⁹ Esta nueva historiografía ha producido un panorama muy diferente en el cual «la cronología de la construcción de la nación española ha cambiado sustancialmente. La nación aparece ahora como catalizador de lealtades populares afectivas y movilizadoras antes de lo que se pensaba». Espartero estuvo en el centro mismo de dicha movilización, de lo que la nación «significaba para la gente de a pie» que, mediante su actividad autónoma, podía «construir una identidad nacional con elementos no siempre seleccionados para ellos por la élite... [y] modelar sus propios héroes y narraciones nacionales».⁶⁰

Aquí el protagonismo corresponde al colectivo, a lo que Isabel Burdiel ha denominado «coro de voces» que crearon historias concurrentes sobre sus contemporáneos.⁶¹ En este caso, el coro está formado por los muchos miles de personas corrientes de toda España que admiraban, y hasta veneraban, al hombre que consideraban el inquebrantable campeón de la libertad y, en especial, el que había traído la paz tras una larga y brutal guerra civil, «una guerra fratricida de siete años», como tantas de ellas dijeron. Fueron estas personas, y los empresarios que se ocuparon de suministrarles estampas, aleluyas, e imágenes y libros accesibles, las que a lo largo de decenios y durante muchas generaciones mantuvieron vivo lo que he llamado el culto a Espartero, un culto sólo comparable a los de Napoleón o Garibaldi. Fueron estas personas las que le convirtieron en la primera celebridad política y auténtica figura pública de España, así como la encarnación de la moral pública y de la nación liberal y hasta democrática.⁶² Esta voz colec-

tiva se componía de un gran número de voces individuales, la gran mayoría de las cuales eran, en ese momento, anónimas y ni siquiera públicamente oídas. Las nombraré siempre que sea posible.

La cuestión final, que exploro en el capítulo dedicado a la «vida después de la muerte» de Espartero, es la memoria histórica. Ha sido éste un tema de considerable interés y controversia académicos y públicos en España durante los últimos diez o quince años, aunque dicho interés se ha centrado casi exclusivamente en la guerra civil y el régimen de Franco.⁶³ La figura más destacada de la historia de España del siglo XIX, el español más famoso de su tiempo, sigue siendo esencialmente conflictivo y esencialmente huérfano. Tiene críticos, pero no tiene defensores. Aunque las cuestiones de memoria histórica relativas al siglo XIX y sus guerras civiles no pueden en modo alguno igualar el grado de emotividad que rodea las del siglo XX, el ejemplo de Espartero deja claro que la cuestión y, en cierta medida, las emociones persisten y que los conflictos en torno a la memoria no se limitan al pasado reciente. En un país de historia política tan tumultuosa, que sufrió dos guerras civiles sangrientas y debilitantes en un siglo, y en las cuales el carácter fundamental de la nación estaba en juego, las culturas de la memoria son particularmente complejas. En España, la memoria histórica sigue siendo larga pero fragmentada y conflictiva, sobre todo en lo concerniente a posibles héroes «nacionales». Ésta es una cuestión que carece de protagonista, lo cual acaso sea todo lo que hay que decir.

Al escribir este libro me he beneficiado de lo que podríamos denominar un «momento esparterista». Después de muchos años, y hasta décadas, en que había sido casi totalmente olvidado –Raúl Martín Arranz ha sido una notable excepción–, los historiadores han empezado a mostrar interés en Espartero.⁶⁴ He sido también extremadamente afortunado con las fuentes. Tuve la enorme suerte de disfrutar de acceso a una fuente nueva e inmensamente valiosa: los papeles privados de Espartero, que se encuentran en posesión del actual duque de la Victoria. Y aunque no es en modo alguno una fuente nueva, las colecciones de la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional y la Biblioteca Virtual de Prensa Histórica del Ministerio de Cultura me han posibilitado utilizar la prensa de un modo que habría sido impensable en la época analógica.⁶⁵

Y en cuanto al propio Espartero, después de leer la totalidad de su archivo con sus miles de documentos, sigue siendo una figura esquivada para mí. Poco inclinado a la introspección o a explicarse públicamente, no escribió diario ni escribió memorias o autobiografía. (La única ocasión en que publicó una explicación de su conducta, la escribió otra persona por encargo de Jacinta.)⁶⁶ El único sitio donde se expresaba plena y abiertamente era en sus cartas a su esposa y éstas sólo existen para la única vez en su largo matrimonio en que estuvieron separados durante un periodo extenso, los años de la guerra carlista y la etapa inmediatamente posterior. El resto de su correspondencia revela poco sobre sus pensamientos, creencias y motivaciones. La siguiente mejor fuente son los informes de primera mano de las conversaciones que tuvieron con él personas como Arthur Aston, embajador británico en Madrid durante la regencia de Espartero, y Ángel Fernández de los Ríos.⁶⁷ Por lo tanto, no sabemos qué aspiró a lograr durante su tiempo en el poder, más allá de mantener la Monarquía, o qué pensaba sobre asuntos tan monumentales tales como el lugar de la Iglesia o la esclavitud.

No hubo un solo Espartero, coherente y consistente. Como soldado, su ilimitado valor físico, e incluso temeridad, le granjearon éxito tras éxito en el campo de batalla. Como jefe militar imponía una feroz disciplina, no le asustaba emplear el fusilamiento como castigo, y se preocupaba auténticamente de sus hombres, procuraba ahorrar vidas e incluso empleaba sus propios bienes para alimentarlos y vestirlos. Como general en jefe distaba de ser un Wellington, un Napoleón o un Grant, pero su cautela le salvó de ser derrotado y al fin le hizo posible terminar la guerra con éxito. Era un hombre de guerra que entendía que la solución militar no siempre es la mejor. Tenía una enorme seguridad en sí mismo, y hasta arrogancia. Durante los últimos años de la guerra carlista llegó a pensar que tenía un conocimiento único y privilegiado de las necesidades y deseos del pueblo español. Era un nacionalista español para quien la unidad nacional era el santo grial y él mismo su campeón. Actualmente diríamos que se creía sus propias notas de prensa. Era un monárquico ferviente que pasó toda su vida pública sosteniendo un trono amenazado, pero que respaldó la república cuando ésta llegó. Valoraba la lealtad a los amigos por encima de prácticamente todo y la cultivó en su vida política, por lo que pagó un alto precio. Fue un marido fiel y cariñoso, emocionalmente dependiente de la mujer que tanto hizo a favor de su carrera.

Lo más importante sobre Espartero es lo siguiente: aunque le encantaba la adulación no era ambicioso, al menos no del modo que lo eran muchos de sus contemporáneos, civiles y militares. No ansiaba cargos ni poder, y desde luego no disfrutaba con el pesado trabajo de la vida política. No entendía a los políticos, pero tampoco ellos le entendían a él. El general que podía enfervorizar a sus hombres con sus arengas y cuya audacia era decisiva en el campo de batalla se quedaba casi sin palabras en el Parlamento y vacilaba en momentos de crisis políticas, pero se aproximó más que nadie antes de 1870 a ser un jefe de Estado verdaderamente constitucional. Esta singular yuxtaposición de «pasividad y dinamismo» era algo que compartía con el presidente de Estados Unidos Ulysses S. Grant, que fue en muchos sentidos una figura comparable. Uno y otro fueron un «don nadie que llegó a ser casi todo»; ambos libraron guerras civiles con ferocidad y las acabaron con gestos que aspiraban a producir la reconciliación nacional; y ambos, después de sus gestas militares, iniciaron trayectorias políticas que han sido objeto de controversia.⁶⁸ No obstante su riqueza, Espartero era un hombre de gustos sencillos que rehuía todo lo posible la pompa y el brillo de Madrid, y cuyo pasatiempo favorito era plantar árboles. Era un hombre honrado en una época en que los españoles sentían que esto era algo de lo que adolecía seriamente la vida pública. Si tuvo algún modelo éste sería seguramente Cincinato, pero otro más cercano era George Washington. La descripción que hace Gary Wills del primer presidente de Estados Unidos como «un virtuoso de la resignación [...] que logró su poder por su disposición a renunciarlo»,⁶⁹ se adapta bien a Espartero. Tanto Cincinato como Washington fueron ejemplos de virtud republicana, pero apenas había espacio para esto en la España de Espartero. En una época que palpitaba con las novelas melodramáticas,⁷⁰ igual que ocurre ahora con *Juego de tronos*, él –y Jacinta– fueron los virtuosos protagonistas de un melodrama auténtico que se representó en tiempo real.⁷¹